

ROUNDS DE CARIÑO CON ONETTI

DIÁLOGOS Y TEXTURAS URGENTES / 1



(texto publicado por la revista mexicana *Plural* en 1983 con el título de *Algo más sobre Onetti*)

Cuando se me propuso -en ocasión de la aparición de *Dejemos hablar al viento* y la entrega del Premio Cervantes- escribir un artículo sobre Juan Carlos Onetti, rechacé de inmediato la posibilidad de amontonarle un homenaje más.

Preferí navegar corrientes peligrosas y fraguar una suite donde se acollararan pantallazos inéditos de aquel mito en embrión que nos tocó vivir -para suerte y

desgracia de cada cultor- en el apartamento de Gonzalo Ramírez. Ya se ha hablado en simposios internacionales de aquellos no-discípulos que frecuentábamos el habitáculo con balcón al Blue Star (un desafortunado club de básquetbol de 3ra. de ascenso) hace década y pico.

Un homúnculo creativamente *castrato* ha dicho, incluso -en México y entre popes- que quien firma estas notas dejó de escribir y terminó vagando por el mundo como un krishna, o algo por el estilo. No me imagino qué puede tener que ver esta disparatada burla con Onetti o conmigo. Y casi la agradezco. Ahora me toca el turno de testimoniar.

Viaje a Santa María

La culpa la tuvo Guido Castillo por haber anotado -en un muy difundido suplemento que publicó el diario *El País* hace casi dos décadas- que Juan Carlos Onetti *vivía* la mayor parte del año en un lugar llamado Santa María.

Yo entonces no entendí lo que quería decir. ¿Habré pensado en un balneario? Ya me había deslumbrado con la primera reedición de *El pozo* cuando estaba en segundo de Preparatorios y arruinado las vacaciones próximas (ganadas a pulmón después de seis exámenes) por leer *Tierra de nadie*, que me cayó en el alma como un cóctel de barro. Ese año Gabriel Barnes me llevó a conocer al Viejo al Municipio y engranamos fenómeno y acabé por husmear el habitáculo de Gonzalo Ramírez donde no se adoraba al Buda estatuzado en la mesa de luz sino al que fabricaba su leyenda en la cama, toda vez que el cariño le dejaba ofrecer una paciencia huraña (si caían chiquilinas la cosa cambiaba: lo llegué a ver salir en pleno robe de chambre para ofrecer su mano encantadoramente).

Aquel año me tragué *El astillero*, *Una tumba sin nombre* -como se llamaba la nouvelle en la primera edición- y un prestado ejemplar de *El infierno tan temido* (ediciones Asir) del que hablaré después. Quiere decir: conocí Santa María. Y entonces sucedió. En vacaciones de julio del 67 nos íbamos a Buenos Aires con Gabriel y a mí se me ocurrió preguntarle al Viejo cómo se hacía para llegar a Santa María. Gabriel se entusiasmó. Onetti estaba sesionando con la Comisión de Teatros Municipales y cargoseamos al portero que custodiaba una escalera lateral del Solís hasta que fue a llamarlo y nos hizo subir el alfombrado púrpura: el Viejo nos miraba con una pose exacta de “maestro recostado en una balaustrada” y un agradecimiento paráliticamente silencioso por haberlo librado de la augusta sesión. Conversamos un rato sobre Faulkner y Hemingway

y Céline y Dos Passos (“lean nomás que el Manhattan”) y Miss Gertrude Stein (“no te vale la pena perder tiempo con eso”) hasta que me animé a plantearle lo de Santa María. Onetti nos miró con toda la confianza, engendradora del respeto y la delicadeza, que se puede otorgarle a la inocencia pura. “No: les queda muy lejos” dijo casi enseguida: “Allá por Tucumán Les alcanza con ir a Santa María de los Buenos Aires”. Y nos prensó la mano y nos miró salir quién sabe con qué asombro. “Estoy leyendo el Junta” gritó Gabriel contento mientras dábamos saltos para bajar al mundo por la pendiente púrpura. “Hacés bien” dijo el Viejo, sin demasiadas ganas.

La crueldad no era mala disciplina

Onetti tuvo siempre la implacable virtud de leer los manuscritos que se le deslizaban debajo de la puerta, sin importarle quién era el autor o qué trabajo diera descifrar cualquier caligrafía. Después hacía pasar a los que le golpeaban -en caso de no estar colgado el maldito cartel con osos hibernantes clausurando la entrada- y daba el veredicto. La función podía ser con el peor de los vinos o el mejor de los whiskies (aunque más bien con vino), Gardel intercalado y Dolly consolando a los ejecutados con la mudez auténtica de María Magdalena.

La noche que le llevé mi primer libro -acompañado por mi jovencísima novia- Dolly apenas nos dejó pasar diciendo que Juan no iba a poder atendernos porque estaba escribiendo. Cometió sin embargo la torpeza (para sus intereses, claro está) de ir a mostrarle el libro, y el Viejo gritó enseguida que pasara: agregó lentamente una frase al cuaderno y nos hizo firmar abajo. *Soy un animal por haber interrumpido el curso de una obra maestra*, fue lo que rubricamos. Y el capítulo trunco pertenecía a *Dejemos hablar al viento*, por aquel tiempo rotulada como “la policial”. Esa noche le pedí que vichara adelante mío uno de los cuentos cortos que no le había mostrado antes de publicar. Lo leyó -cabeceando en silencio o haciendo algunas trompas de desaprobación- y después firmó *Onetti* debajo de la fecha que remataba el cuento. Nada más.

Otra noche me llegó a sugerir -con un prolijo relato mecanografiado en la mano- por qué no me dedicaba exclusivamente a dar clases de música. “Eso es hermoso” dijo. Y yo tasqué la almohada con lágrimas etílicas al volver a mi casa mientras amanecía. Vale decir: ningún muchacho rana que haya intentado hacer “carrera literaria” fue perdonado nunca por el escritor puro que es Juan Carlos Onetti: quien lo vivió, lo sabe. Bastaba con pegarle un palazo a la piñata, en cambio, para que el Viejo festejara -abriendo sus tentáculos- la triunfal filtración de la belleza. Todo esto en el terreno de la literatura.

Otro tipo de acosos practicados por Juan Carlos Onetti deberán olvidarse igual que las películas dirigidas por el mismísimo Roman Polanski.

Un desafío a cuchillo

El día que me enteré que Onetti no había leído *La motocicleta* de Pieyre de Mandiargues, le regalé un ejemplar hermosamente dedicado, ya que mi padre se tomó el trabajo de acuarelar en la primera página un escudo de Santa María y otro de Villamar, al lado de las estupideces que debo haber escrito yo. (Me acuerdo que en uno de los casilleros del escudo sanmariano figuraba un inmaculado jazmín. Villamar, hay que aclarar, es el nombre de la ya fenecida ciudad mítica que amarillea en las páginas de mis dos primeros libros de narrativa).

Una lluviosa noche invernal Dolly me abrió la puerta y me invitó a comer una milanesa con ella mientras esperábamos a Juan que, inconcebiblemente, había ido a trabajar. Hablamos de la piedad y de cinco pañuelos -muy baratos, muy blancos- que le acababa de comprar a su padre en una liquidación, para llevárselos a Buenos Aires. “Pobrecito” dijo Dolly, cuando entró el Viejo con cara de capitán de Conrad: “No llevaste sombrero. Te habrás empapado”. Onetti siguió de largo para el dormitorio y al rato pude entrar y preguntarle al buda extendido en pijamas qué le había parecido *La motocicleta*. El Viejo alargó tanto el silencio para lograr el efecto (Díaz Grey dixit) que Dolly tuvo tiempo de informar: “Le recortó la primera página al libro porque dice que no es digno de tu dedicatoria”. “Merde” protestó el Viejo: “¿Hasta cuándo van a seguir jugando al objetivismo, estos franceses? ¿Qué es lo que siente la muchacha cuando le bajan el cierre metálico, eh? Al lector hay que darle”. Y les pegó un manotón a los cinco pañuelos que le mostraba Dolly. “Me vienen fenómeno” dijo sin dar lugar a protestas.

A lo mejor fue esa noche que me regaló un ejemplar de *Laura* de Vera Caspary (sin tapas y con anotaciones) del que hablaré después, o *El diablo y la dama* de Raymond Radiguet con un *Debolber, please* inscripto a lápiz en la primera página. O a lo mejor esa noche no me regaló nada que no fuese su tiempo, sencillamente. Uno no estaba capacitado para entender, en aquel entonces, que regalarle tiempo a alguien (y digo regalar: digo ponerse en cuerpo y alma a la disposición de alguien, sin afecto, interés o ambiciones mediante) es el acto de amor más grande y más anónimo practicado por cualquier animal de la escala zoológica. Y si he dicho que aquel viejo de cara caballuna -cara que debe seguir enamorando inexplicablemente, a la corta o a la larga, a preciosas mujeres- podía llegar a parecerse a Polanski, también hay que decir que podía ser capaz, cuando andaba derecho, de ponerse a la altura del “sospechado hijo de la paloma”, como él mismo ha llamado por escrito al maestro que nos hizo cambiar el recuento de

los siglos. Este cronista sabe que en treinta y cuatro años de vida solamente Jesús y Juan Carlos Onetti le han reclamado con convincente furia el desprendimiento de la egolatría, por ejemplo. (“Decime, nene: ¿no podés hablar de otra cosa que no sea de vos mismo aunque sea cinco minutos?” me preguntó una vez, como espantando moscas. “¿Yo?” le protesté: “Yo?”.) Sin embargo, la noche que le dije -de espaldas al parqué, indefenso y mareado- que Buda no tenía nada que hacer al lado de Jesús, el Viejo se levantó de la cama parsimoniosamente y volvió de la cocina con dos huevos en una mano y un cuchillo en la otra. “Si tenés de estos vení” ladró, casi queriéndome.

María Esperanza y Job

Anuncié -amenacé- que iba a hablar de dos libros, y no tengo más remedio que hacerlo. Allá por sesenta y pico me traje de la casa de Ajax Barnes un ejemplar de *El infierno tan temido* (ediciones Asir) que contenía un extraño documento: un final agregado a *Mascarada* de puño y letra del Viejo que esclarecía completamente el cuento, publicado por primera vez en la década del cuarenta. Nunca llegué a saber qué hacía ese libro allí. Al igual que los Barnes -y lo que es más interesante, al igual que Juan Carlos Onetti- no le di demasiada importancia al asunto. Lo mismo me pasó con el pintoresco ejemplar de *Laura* que me regaló el Viejo, donde estaban anotados a lápiz, en la primera y última páginas, los tanteos realizados para encontrarle un título a *La cara de la desgracia*. Con el tiempo, con el desasnamiento, me di cuenta que la mayoría de los títulos candidateados (que en un principio me parecieron, con algunas excepciones, no tan inadecuados como incomprensibles) eran citas de Job en “versión Casiodoro”. Me acuerdo de unos cuantos: *La prueba del inocente*, *Levantarás tu rostro limpio de mancha*, *Qué es hombre para que sea limpio*, *Hasta su silla*, *El hablar de los astutos*, *Los días del impío*, *La cama en la tinieblas*, *Para una infanta*.

Años después se los presté a un exégeta que era, debe de seguir siendo una buena persona aunque algo desprendida, como se podrá ver. Porque el error estuvo en comentarle el asunto -por inocente generosidad y, para qué negarlo, un trasfondo de orgullo- a otra clase de exégeta. Cuando volví de Europa, a fines del 74, encontré una edición de los cuentos completos de Onetti donde figuraba el esclarecedor final de la aventura de María Esperanza. El libro estaba precedido por agradecimientos a distintas personas que colaboraron en la compilación. Agradezco al exégeta N° 2 (el homúnculo creativamente *castrato*) su no agradecimiento. En lo que tiene que ver con los libros desaparecidos, hay una noticia estimulante para darle al ladrón: por *El infierno tan temido* le corresponden -y ya es mucho- cien años de perdón. Del otro libro, menefrego. Nadie que sea feliz y ame a la vida en paz y consuma su tiempo tratando de defender a su manera la pureza de todos, se puede enamorar con seriedad de ningún papelito, o ensuciarse por él. Onetti bien lo sabe. Y no estoy predicando.

Partidas entre maestros I

También a fines del sesenta encontré en el depósito de una librería, menos para mi suerte que para mi desgracia -si se toma en cuenta la edad en que me tocó leerlo- un viejísimo ejemplar de *Viaje al fin de la noche* que le corrí a mostrar al Viejo aquella misma tarde. Onetti me lo arrancó de las manos y lo hojeó hasta la escena de la despedida entre Ferdinand y Molly. La subrayó grotescamente con un marcador negro, renglón por renglón, y después puso *Onetti* en la primera página. “Primero lo voy a volver a leer yo” me dijo con cara de buda abusivo y malcriado: “Podés venir a buscarlo dentro de una semana”.

A la semana me lo devolvió, contándome -detalladas anécdotas mediante- cómo había llegado a entusiasmar hasta al mismísimo Joaquín Torres-García con el maldito *Voyage*. (Hay que aclarar que Joaquín Torres-García ha sido uno de los pocos hombres capaces de derrotar a Onetti en la vieja pulseada donde los sacrificados adanes de la especie (las mujeres son innegablemente superiores en ese sentido: le dan más importancia a pujar que a pulsar, aun no teniendo hijos) ponen en juego su creencia o descreencia en el género humano. El Viejo ha reconocido su derrota frente a la esperanza torresgarciana en un hermoso artículo publicado en España no hace tantos años.) Yo me devoré el *Voyage* en unos días y me estaqueó, seguro. No debe ser difícil adherir al mejor de los párrafos que Onetti escribió en *Marcha* el 1 de diciembre de 1961, a propósito del Dr. Destouches:

*Fue en vísperas de la guerra, de la segunda, que logramos atrapar este libro. O él estaba destinado a atraparme a mí. **Viaje al fin de la noche** era feroz y fue escrito para mostrarme y confirmar la ferocidad del mundo. Puede ser que se trate de una gran mentira, armada con talento. La gente no es egoísta ni miserable, no envejece, no se muere de golpe y aullando, no engendra hijos que padezcan lo mismo. Los objetos, los amores, los días, los simples entusiasmos, no están destinados a la mugre y a la carcoma. Céline miente, entonces; vivió en el paraíso y fue incapaz de comprenderlo. Pero existe algo llamado literatura, un oficio, una manía, un arte. Y **Viaje** es, en este terreno, una de las mejores cosas hechas en este siglo.*

Por aquel tiempo le comenté a Manolita Piña de Torres-García (que a punto de cumplir 100 años, en este soleado abril montevideano de 1982, recorre el barrio con un sombrero de paja que le refresca la sobrehumana lucidez de la risa y los ojos) lo que me había contado Onetti a propósito del *Voyage*. Manolita se rio, divertida.

“Pues no ha de ser verdad” dijo: “Torres jamás leía esa clase de libros. Los aceptaba, los miraba un poco y después los guardaba en la mesa de luz. Luego, cuando lo devolvía, decía que era muy bueno y todo eso, pero jamás leía esa clase de libros. Es que es horrible, ¿no? Yo lo leí en francés, me acuerdo, en aquel tiempo. Debe de estar muy bien escrito y todo eso, pero recuerdo que no me gustó: qué cosa más horrible”.

El cronista no se anima a jugarse por ninguna de las dos versiones, aunque lo seduzca mucho más -como no podía ser de otra manera- la óptica femenina. Creemos que en realidad no importa demasiado si don Joaquín Torres-García pudo sobrellevar la lectura de un libro donde “se eligió la ferocidad, la mugre y el regusto por la bazofia con singular entusiasmo” (Onetti dixit), a pesar de la maravillosa escena redentora que el Viejo se apuró a subrayar -y le agradeceré siempre la tácita advertencia- enseguida de arrebatármelo.

Lo que cuenta es que Torres, al toparse con el *Voyage*, ya había pasado hacía bastante tiempo la edad en que se aprende (y no todos lo aprenden) a no decirle piropos de corazón a las sirenas que se nos atraviesan en el Ponto a cierta altura de ciertas travesías. Y fin a la cuestión. No por casualidad el pintor constructivista le ganaba pulseadas a hombres que han tenido prohibido (según lo testimonian públicas confesiones) el uso de su demoledor tentáculo derecho en las finales por el descenso o el ascenso que jugaba el Blue Star.

Partidas entre maestros II

Onetti hablaba siempre con nostalgia de las épocas en que se frecuentaron con Cortázar en Buenos Aires, allá por los años cuarenta. También hablaba con renovada admiración de los cuentos de Cortázar, y sobre todo de un lluvioso episodio de *Rayuela* que lo maravillaba interminablemente: la pobre Berthe Trépat. En un rincón del baño del apartamento de Gonzalo Ramírez, además, quedó a la vista el famoso botiquín que el Viejo rompió de un piñazo mientras leía *El perseguidor* (*Charlie brother: se trata de Bee* rezaban grandes letras rojas en el espacio donde ya no había espejo).

“Debe ser un gran cuento” me dijo el Viejo un día: “Aunque yo nunca lo pude terminar de leer. Hablando de Cortázar, parece que se enojó de veras, porque no me escribió más”. Después hizo la pausa. Yo relojeaba el cuadro del pescadito rojo, el retrato de Faulkner y los versos tachuelados en un tosco lambriz (*hacia la fuente de noche y de*

olvido, Francisca Sánchez, acompañamé) que custodiaban la cama de Onetti, y sabía que pasado ese tiempo se debía preguntar. “¿Qué pasó?” pregunté. “Nada, mijo, nada. Querés un Benson & Hedges? No sabés lo que te perdés” dijo el Viejo prendiendo el superlong de moda con la novelería de un liceal: “Cuando salió *Rayuela* le mandé una carta diciéndole que lo había leído de tres maneras: como lector macho, como lector hembra y según el orden de la quiniela de Montevideo. Le dije que me había gustado más de la última manera. Pero fue un chiste, che. No sé por qué se ofenden”.

Pocos años después, frente a la puerta de Julio Cortázar, este cronista recordaría aquella mañana amarilla en que su amigo lo llevó a conocer al Viejo. Yo había golpeando y tocando el timbre inútilmente durante meses en el apartamento que clausuraba la escalera de caracol del edificio número 9, rue de l'Éperon. Hasta que un lluvioso atardecer de domingo (con la implacable muerte vallejana trancada en el buche) escuché desde la calle una música coral, y supe que Cortázar estaba. Toqué un timbrazo tímido pero me dio vergüenza interrumpir la música. Así que bajé a hacer tiempo a un boliche y al volver hundí el timbre con impune ansiedad en el apartamento silencioso.

“Buenas tardes” le dije a la estampa de Portos que me abrió sin haber demorado en la puerta. No pude agregar nada. “¿Y usted quién es?” me preguntó Cortázar fulminándome con una cruda mirada amarilla. “Vengo de parte de Onetti” mentí. “Pase” dijo Cortázar, resignado y cortés.

La última vez que nos vimos tuve que desmentirme, porque el hombre gigante también me regaló dulcemente su tiempo, en una ciudad donde la vida acababa de matarme la inocencia a palazos. Así que cuando me mandó un abrazo para Onetti, le confesé que en realidad andaba peleado con el Viejo desde unos cuantos meses antes de escaparme a París. (Era un estar peleado unilateralmente, claro. El Viejo me había herido con un veredicto no literario que yo mismo pedí, y él fue cruel y sincero.) “Bueno” dijo Cortázar, con humildad legítima: “Pero si llega a verlo no se olvide de mandarle un abrazo de parte mía. Los grandes como Onetti tienen sus derechos. Y nosotros tenemos que entenderlos”.

Dejemos hablar al tiempo

Este es el título del comentario que escribí, a propósito de *Dejemos hablar al viento*, para una revista montevideana que apareció en diciembre del 81. El texto es el siguiente:

No se trata de escribir una note bibliográfica más, con el tono adecuado para las circunstancias. El mayor escritor de nuestras playas, como a él le gustaría ser llamado de no mediar su seguramente intocada humildad, dio a conocer por fin el “el novelón” donde la purificación del fuego baña en última luz la ciudad de la Virgen: Santa María. Lo que le corresponde al escritor (sobre todo uruguayo) que imagina el incendio, es prender una antorcha con ese resplandor. Las antorchas obligan a mantener en alto un lenguaje sin sombra.

Dejemos hablar al viento no debe ser juzgada como cualquier novela. Es el último libro publicado por el fundador de la moderna novela latinoamericana, un narrador enorme que jamás dejó marcas de coraje o cansancio sobre lo que escribió: como se hace el amor en una noche mágica. Encontrar esas marcas en un libro de Onetti ya parecía imposible. Hasta que sucedió. Frente a esos surcos lastimantes -a la vez que triunfales- que exhibe la criatura sobre su fresca testa se produce la eterna trinidad de reacciones. Por un lado, el fariseísmo editorial hace que no ve nada (o tal vez ni ha observado con detenimiento al seguro best-seller) y escupe propaganda y disputa derechos estrepitosamente, agotando ediciones. Por otro lado, la “crítica” internacional trenza nuevas polémicas con la alegría feroz de una muchacha vieja que se inflama en un traje chillón que la revitaliza por un tiempo. Mucha gente del charco, en cambio, olfateará desde Lavanda el incendio final de la ciudad maldita: al otro del río -y acaso emboscada entre la arboleda tontovideana- verá los verdugones de los reflejos rojos viboreando en el agua color de león y se hundirá en el círculo venial de la miopía. Conversará después con gestos de Pilatos sobre la criatura que le nació abollada al pater Brausen, y creará redimirse reflotando patrióticos enfoques panegíricos -ahora el Premio Cervantes se vistió de celeste- que provocó el maestro cuando podía parir una novela larga sin tener que morir adentro de ella y agregar el desplante de la resurrección.

Porque esto es lo que ha sucedido en *Dejemos hablar al viento*. Antes que nada habría que revisar -con los riesgos que implican las aproximaciones- crecimiento y edad de este opus onettiano no tan singularmente accidentado (a juzgar por el capítulo XVI de la segunda parte de *La vida breve*, *Juntacadáveres*, para dar otro ejemplo de discontinuidad poco frecuente, debe haber sido comenzada o soñada en la década del cuarenta y recién se completó después de *El astillero*, casi dos décadas más tarde.) Primera conclusión: tomando como base el capítulo *Santa María V* de *El astillero* -donde el personaje central de *Dejemos hablar al viento*, en aquel entonces sub-comisario Medina, aparece retratado con demasiada minuciosidad- es posible afirmar que la última novela de Juan Carlos Onetti fue empezada hace más de veinte años. Otro argumento irrefutable es la inclusión -con modificaciones- del cuento *Justo el 31* (publicado a principios de la década del sesenta) como octavo capítulo de *Dejemos hablar al viento*. Esta inclusión rechina, sin lugar a dudas. Como rechina en estructura y

hasta en delicadeza -esa especial temperatura que a pesar de la terca sordidez de la gran mayoría de su temática siempre fue conservada por el arte onettiano- toda la primera parte de esta última novela. Y es evidente que el autor lo supo, mientras iba escribiéndola. Hasta que la muy intertextualizada novela debe de haberse muerto en el alma de Onetti una vez, por lo menos, como su personaje.

Porque el ex-comisario Medina -que en la primera parte de *Dejemos hablar al viento* ha escapado a Lavanda para dedicarse a pintar y pinchar muchachitas en su amorosa caja de reciente crisálidas- vuelve a Santa María para resucitar (desencantadamente, por supuesto) en la ciudad maldita. Su bendición secreta será purificarla con el viento del fuego, después de asesinar a la Lilith andrógina: Frieda Von Kliestein. Entonces el lector puede cruzar tonificado por la segunda parte de esta extraña novela, sumergido en la fe de un narrador rabioso y rejuvenecido que se cuestiona -como nunca lo hizo- su descreencia en el hombre hasta la exasperación (baste analogizar su relación con Seoane). Y no importa el resultado conceptual de la lucha. Importa que en el capítulo XXXVIII de *Dejemos hablar al viento* se haya escrito una de las más misteriosas y poéticas escenas de la literatura universal -aunque sólo sea un párrafo de 16 líneas. Por supuesto que no hay ni que mencionar cuál es. No podríamos creer que en nuestro terco charco -apedreado hace casi medio siglo por “Periquito el Aguador”- siga faltando gracia de profundidad para reconocerla. Porque allí se trasciende maravillosamente la belleza enfermiza que Juan Carlos Onetti ha exhumado del tiempo que le tocó sufrir, para cumplirse un acto de inscripción evangélica. Y lo demás: es literatura.

